

Á LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA

SONETO

En turquesadas nubes y celajes
 Están en los alcázares empirios,
 Con blancas hachas y con blancos cirios,
 Del sacro Dios los soberanos pajes;
 Humean de mil suertes y linajes,
 Entre amaranto y plateados lirios,
 Enciensos indios y pebetes sirios,
 Sobre alfombras de lazos y follajes.
 Por manto el sol, la luna por chapines,
 Llegó la Virgen á la empírea sala,
 Visita que esperaba el Cielo tanto.
 Echáronse á sus pies los serafines,
 Cantáronle los ángeles la gala,
 Y sentóla á su lado el Verbo santo.

Á SAN ACACIO

*Acacio, si fueran dos,
 Como son diez mil soldados
 Los que tenéis á los lados,
 Os adoraran por Dios.*

GLOSA

Quiso la muerte temer
 Cristo, cual si no estuviera
 Unido al Eterno Sér,
 Y cual si de Dios no fuera
 La fortaleza y poder.

Mas tema una muerte Dios;
 Que yo sé, Santo, de vos
 Y de vuestro valor santo,
 Que no temierades tanto,
Acacio, si fueran dos.
 Que, al morir por su ocasión,
 Os da con mano sagrada
 Santa determinación
 Dios, y así, á capa y espada
 Peleáis como un león.
 Y á los que honran vuestros lados
 Promete diez mil cruzados,
 Y, según habemos visto,
 Diez mil hábitos de Cristo,
Como son diez mil soldados.
 Por ganar tales guirnaldas,
 Ellos tiñen con furor
 De carmín las esmeraldas,
 Y echan, por vencer mejor,
 El escudo á las espaldas.
 Y así, los más arriscados
 Reconocen admirados
 Que son, siguiéndoos á vos,
 Bravos, por la fe de Dios,
Los que tenéis á los lados.
 Y no es mucha esa grandeza;
 Que, como vos imitáis
 Del Maestro la presteza,
 Á todos les enseñáis
 Su verdadera destreza.
 Dios es diestro, y diestro vos:
 Gran destreza hay en los dos;
 Y, por Dios, que sois tan diestro,
 Que á no ser Dios el maestro,
Os adornara por Dios.

Á LA NAVEGACIÓN DE SAN RAIMUNDO

DESDE MALLORCA Á BARCELONA

Tiran yeguas de nieve
 El carro de cambiante argentería
 Sobre que viene el día
 Con rubias trenzas, de quien perlas llueve;
 La alcatifa sembrada de diamantes
 Se borda y se matiza
 De gènuoli, carmín y azul ceniza,
 Cuando de sus alcobas,
 Cerúleas, espumantes,
 Sale Neptuno horrendo,
 Quitando de la frente el musgo y ovas,
 Alborotado con el sordo estruendo
 Que hacen los tritones,
 Que en torno van de un manto
 Que el agua corta, que sustenta un santo;
 Y recostado en el azul tridente,
 Con arrugada frente,
 Mira el barco veloz que va volando,
 Sus erizadas ondas despreciando.
 De claridades bellas
 Vido pintada y rica la canoa;
 Que la luna era proa,
 La popa el sol, y lo demás estrellas;
 Y, viendo aquesta maravilla santa,
 Bebe el delgado viento
 Y á un caracol torcido le da aliento;
 Y en el profundo estrecho,
 Oyendo furia tanta,
 Doris, con miedo helado,
 Los azules hijuelos llegó al pecho;

Aparecieron sobre el mar salado
 Los escamosos dioses,
 Á quien Neptuno pide
 Apriesa el carro que las ondas mide;
 Encima sube, á los caballos grita
 Y á volar los incita,
 Hasta que al venerable Santo llega,
 Y con espuma los tritones ciega.
 Parece el mar que bulle
 Brocado azul, de plata la entretela,
 Por donde el carro vuela,
 Que, por más gala, á veces se zabelle;
 De nácares cubiertas las espaldas,
 Relumbra el dios que rige
 Fieros caballos de color de acije,
 Que con las ondas chocan,
 Del cual, entre esmeraldas
 Y sanguinos corales,
 Los cabellos al pecho helado tocan,
 De quien manan clarísimos cristales,
 Y sobre el carro verde,
 Un caudaloso río
 De las barbas preñadas de rocío;
 Y los que deste triunfo allí se admiran
 También del viejo miran
 Que las canas, por más ornato, aforra
 De una arrugada concha, en vez de gorra.
 Arrojan los delfines
 Por las narices blanca espuma en arco
 Sobre el profundo charco,
 Y, destilando de las verdes crines
 Aljófara, las nereidas asomaron
 Y las dulces sirenas
 Sobre pintadas conchas de ballenas;
 Tritón, Forco y Proteo
 Delante se mostraron,
 Cuando salió rigiendo

Un caballo marino el dios Nereo,
 Que con hendido pie va el mar hendiendo.
 La escuadra de las ninfas
 Ligera en torno zarpa,
 Midiendo acentos en discante y harpa;
 Y tú, Raimundo, sobre el pobre manto,
 Miras la fiesta, en tanto,
 Que hace á tu santísima persona
 El turquesado mar de Barcelona.

Con ligera pujanza
 El Rey te sigue y con hinchadas velas,
 En tanto que tú vuelas,
 Venciendo tu barquillo su esperanza;
 Tórnase cana espuma el mar cerúleo;
 Los remeros que bogan
 Del movimiento del batir se ahogan;
 Abriendo cuevas hondas,
 Con movimiento hercúleo,
 Herrados espolones
 Rompen las crespas y sonantes ondas;
 Tiemblan con los furiosos empellones
 Las galeras de abeto;
 Los forzados, remando,
 Arroyos de sudor iban sudando,
 Y el Rey entiende que un lugar no pasa;
 En cólera se abrasa,
 Y, arrebatado de un dolor interno,
 Vierte el coraje por el rostro tierno.

Mas tú, tomando tierra,
 Y religiosa admiración la orilla,
 Sacudes la barquilla
 Que te libró de la tormenta y guerra,
 Y así la cuelgas en sagrado templo
 Como cuando, devoto,
 La tabla al templo consagró el piloto.
 Los hombres que miraron
 El caso sin ejemplo,

Siguiéndote infinitos,
 En confusos tropes te cercaron,
 Hiriendo las estrellas con los gritos;
 Mas tú, ¡oh padre Raimundo!
 Del tropel te adelantas
 Con rostro humilde y sosegadas plantas,
 Y, en tu celda encerrado,
 Del Rey lloras y gimes el pecado;
 El cual, tomando puerto apriesa apriesa,
 Se arrepiente, te busca, y se confiesa.
 Canción, que, navegando,
 Vas tras de san Raimundo,
 Con el favor de don Andrés de Córdoba,
 No al ábrego bramando
 Ni al piélago profundo
 Temas: porque la virgen Panopea (1)
 Te ha prometido cierto
 Buen tiempo, mar tranquilo, dulce puerto.

LA FÁBULA DE GENIL

También entre las ondas fuego enciendes,
 Amor, como en la esfera de tu fuego,
 Y á los dioses de escarcha también prendes
 Como á Vulcano, con lascivo juego;
 Del sacro Olimpo á Júpiter deciendes
 Y á Febo dejas sin su lumbre, ciego,
 Y á Marte pones, con infame prueba,
 Que de tu madre las palabras beba.
 El claro dios Genil sintió tus lazos;
 Que á la náyade Cínaris adora:
 Ella le hace el corazón pedazos,
 Y él crece con las lágrimas que llora.
 Corta las aguas con los blancos brazos

(1) Una nereida de este nombre, famosa por su sabiduría y por la honestidad de sus costumbres.

La Ninfa, que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas,
En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y, por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando;
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando;
Paró el agua á su queja, y, por oílla,
Los sauces se inclinaron á la orilla.

«Vosotras, que miráis mi fuego ardiente,
Seréis (dice) testigos de mi pena
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desdén llena.
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente
Que es de una sierra de cristales vena
Soy dios, y con mis ondas fuera á Tetis
Si no atajara mi camino el Betis.

»Vestida está mi margen de espadaña
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua, clara como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo.
No hay en mi margen silbadora caña
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las hénides guirnaldas.

»Hay blancos lirios, verdes mirabeles
Y azules guarnecidos alhelíes,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes;
Hay ricas alcatifas y alquiceles,
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ámbares y azahares por el viento.

»Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,

Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado.
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las napeas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

»Allí (1) del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos harpados los sarmientos;
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos;
Por flegibles tarahes (2) sube y trepa
La inexplicable yedra, y los contentos
Ruisseñores trinando, allí no hay selva
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

»Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si, despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?»
Dijo, y la Ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y, vuelta la cabeza
Con desdén, da á entender que el Dios la enoja,
Y arroja el bastidor y el oro arroja.

Quedó elevado, así como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena;
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á virgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena,
Ni al yerto Labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste (3).

En sí volvió del ya pasado espanto
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que las aguas de su llanto

(1) En la edición original de las *Flores* (fol. 108 vto.), *Assi*, por errata sin duda. Quintana fué el primero que leyó *Allí*.

(2) Quirós de los Ríos, tal como otros, leyó *flexibles tarajes*.

(3) Así en las ediciones de 1605 y 1896. ¿*Enviste?*

Le llevaban nadando el instrumento.
 La libertada cólera, entretanto,
 Le obligó á que dijese, y el tormento:
 «¡Oh tú, hija de montes y de fieras,
 Por fuerza has de quererme, aunque no quieras!»

Dijo así y, cudicioso del trofeo,
 Al alcázar del viejo Betis parte,
 Cuyo artificio atrás deja el deseo;
 Que á la materia sobrepuja el arte.
 No da tributo Betis á Nereo,
 Mas, como amigo, sus riquezas parte
 Con él; que es rey de ríos, y los reyes
 No dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales;
 Claros diamantes las lucientes puertas,
 Ricas de clavazones de corales
 Y de pequeños nácares cubiertas;
 Ve que rayos de luces inmortales
 Dan, y que están de par en par abiertas,
 Y los quiciales, de oro muy rollizo,
 Que muestran el poder de quien los hizo.

Columnas más hermosas que valientes
 Sustentan el gran techo cristalino;
 Las paredes son piedras transparentes,
 Cuyo valor del Occidente vino;
 Brotan por los cimientos claras fuentes,
 Y con pie blando, en líquido camino,
 Corren cubriendo con sus claras linfas
 Las carnes blancas de las bellas ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos,
 Hay dozientas hondísimas alcobas,
 Y de menudos juncos verdes lechos,
 Y encima, colchas de pintadas tobas.
 Maldicientes arroyos por estrechos
 Pasos murmuran, entre juncia y ovas,
 Donde á los dioses el profundo sueño
 Cubre de adormideras y beleño.

Vido entrando Genil un virgen coro
 De bellas ninfas de desnudos pechos,
 Sobre cristal cerniendo granos de oro
 Con verdes cribos de esmeraldas hechos;
 Vido, ricos de lustre y de tesoro,
 Follajes de carámbano en los techos,
 Que estaban por las puntas adornados
 De racimos de aljófares helados.

Un rico asiento de diamante frío
 Sobre gradas de nácar se sustenta,
 Donde preñadas perlas de rocío
 Al alcázar dan luz, al sol afrenta.
 El venerable viejo dios del río
 Aquí con santa majestad se asienta,
 Reclinado en dos urnas relucientes,
 Que son los caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiración del fuego
 Que abrasaba al amante despreciado,
 Su queja al padre Betis cuenta luego,
 No sé si más lloroso que turbado;
 Dió luz á su justicia, estando ciego
 De lágrimas que amor había brotado,
 Y no hubo menester el dios amigo
 Ni más información ni más testigo.

«No será tu afición con desdén rota
 (Le dice Betis); que también tu orilla
 Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
 Por quien desprecia Júpiter su silla.
 Granada de tus templos es devota,
 Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
 Y por ti gozo ilustres vasallajes
 Desde el Hidaspes dulce al negro Arajes.»

En Colcos, junto á un ancho promontorio,
 Hay unas grutas de alabastro fino,
 Donde nació, entre arenas de abalorio,
 Un tritón que á servir á Betis vino;
 Á éste manda llamar á consistorio

Á todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento,
Vienen, venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas;
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas;
Con ropas blancas de cuajada espuma
Otros vienen, ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos,
De tiernas flores y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes ninfas bellas
(Que burlan los satíricos silvanos,
Que, arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron; y, á una parte las doncellas,
Á otra los mozos y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando aliento,
Y las vistas suspensas y divinas
Á Betis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él, con grave movimiento,
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

«No con el mar de España tengo guerra
(Dice), ó saliendo de mi margen corva
Quiero cubrir las faldas de la tierra
Mientras teme dudosa que la sorba;
Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso éstorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino
Que ha merecido á Betis por padrino.

»Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro,
No cañaveras frágiles, tus sienas,

Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes,
Tú, aquel potente dios á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas, en liviano coro,
Para darte tributo ciernen oro,

»Hoy gozarás de Cínaris los brazos,
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa;
Y, en legítimo fuego y dulces lazos,
Dejaréis á Cidálida (1) envidiosa.»
Dijo, y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo, al tierno llanto que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.

No hay dios á quien el llanto no recuerde
Si con la compasión hace su tiro,
Y así, el aljófár que la Ninfa pierde
Costó más de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno que el crin de sauce verde
Tendió sobre la frente de zafiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban
Del desdén de la Ninfa murmuraban.

Como cuando en solícitos tropeles,
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,
¡Oh Cínaris! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita;

(1) Así en ambas ediciones. ESPINOSA se refiere á *Acidalia*, nombre que solía darse á Venus.

Que el melindre que es dado á las doncellas
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «¡Himeneo! ¡Himeneo!»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó, llorando, en agua convertida.



PARTE SEGUNDA

(1605-1615)

SONETOS

I

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

SONETO EN ALEJANDRINOS

Como el triste piloto que por el mar incierto
Se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena
Sobre las corvas olas, que, vomitando arena,
Lo tienen de la espuma salpicado y cubierto,
Cuando, sin esperanza, de espanto medio muerto,
Ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,
Y, adorando su lumbre, de gozo el alma llena,
Halla su nao cascada surgida en dulce puerto,
Así yo el mar sulcaba de penas y de enojos,
Y, con tormenta fiera, ya de las aguas hondas
Medio cubierto estaba, la fuerza y luz perdida,
Cuando miré la lumbre ¡oh Virgen! de tus ojos,
Con cuyos resplandores, quietándose las ondas,
Llegué al dichoso puerto donde escapé la vida.